

## VOLUNTAD.

Excelencia de la buena voluntad.

**A**l anunciar los ángeles á los pastores fieles la divina nueva del nacimiento de Jesucristo, les dirigieron aquellas hermosas palabras: Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad: *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* (Luc. II. 14).

Dispóngaos para todo bien el Dios de paz, á fin de que hagáis su voluntad, dice S. Pablo á los hebreos: *Deus pacis apert vos in omni bono, ut faciatis ejus voluntatem.* (XIII. 20-21).

¿Qué es la caridad, sino la buena voluntad? pregunta S. Agustín: *Quid aliud est caritas, quam bona voluntas?* (Enchirid.) Pablo no fué elegido para ser un vaso de eleccion sino despues de haber dicho: ¿Qué quereis que haga, Señor? *Domine, quid me vis facere?* (Act. IX. 6).

Dios, dice S. Bernardo, no mira lo que haceis, sino con qué voluntad lo haceis: *Deus non attendit quid faciatis, sed quomodo.* (In Evang.)

Puesto que no podeis ser lo que quisiérais, quered lo que podais, dice san Agustín: *Cum non possis esse quod velis, velis id quod possis.* (De Morib.) Tened la voluntad de convertirlos; Dios está pronto á ayudarlos para que os levanteis, añade S. Agustín: *Habe voluntatem surgendi; presto est qui faciat ut regas.* (Ut supra).

Si la voluntad está pronta, dice S. Pablo, está aceptada segun lo que tiene cada uno, no segun lo que no tiene: *Si enim voluntas prompta est secundum id quod habet, accepta est, non secundum id quod non habet.* (II. Cor. VIII. 12); indicando así que Dios atiende más bien á la voluntad que al donativo.

El mérito y la perfeccion están en la voluntad...

Es muy débil la propia voluntad.

**A** la voz de una criada 'negó Pedro á su Divino Maestro. Y sin embargo, se creía muy fuerte, pues algunas horas antes decia á Jesucristo: Aunque tuviese que morir con vos, no os negaría: *Etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo.* (Matth. XXVI. 35). Todos los discipulos dijeron tambien lo mismo, añade el Evangelio: *Similiter et omnes discipuli dixerunt.* (Matth. XXVI. 35). Y todos aquella misma noche le abandonaron en el huerto de los Olivos...

Siñ mi, dice Jesucristo, nada podeis hacer: *Sine me nihil potestis facere.* (Joann. XV. 5). Nada puede nuestra voluntad sin la gracia de Dios...

No hay, dice S. Agustín, pecado cometido por un hombre que no pueda ser cometido por cualquier otro, si le falta el sostén del que le ha hecho: *Non est peccatum quod fecit homo, quod non faciat alter homo, si desit rector, á quo factus est homo.* (De Carit.)

Por esto recomienda tanto Jesucristo á sus apóstoles que velen y oren para que no caigan en la tentacion: *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem.* (Matth. XXVI. 41).

Vuestra voluntad es débil é inconstante por su naturaleza. Dios os parece hermoso y bueno, y quereis darle vuestra voluntad; pero el mundo os parece agradable, y lo amais... El hombre es lo que es su voluntad.

Sometiendo completamente vuestra voluntad á Dios, y pidiéndole su auxilio, lo que quereis resueltamente llega á seros posible, y hasta fácil. Sólo las buenas ó las malas afecciones de la voluntad, dice el insigne doctor S. Agustín, hacen las buenas ó malas costumbres: *Non faciunt bonos vel malos mores, nisi boni vel mali amores.* (De Morib.)

Cada cual es segun su afeccion, dice el mismo Santo. Si amais la tierra, sereis tierra; si amais á Dios, ¿qué diré? sereis Dios: *Talis est quisque, qualis est ejus dilectio. Terram diligis? terra es: Deum diligis? quid dicam? Deus eris.* (Tract. II in Epist. I Joann.)

**H**é aquí la pintura que hace S. Pablo de los que sólo obran segun su propia voluntad. Hay hombres, dice, que se aman á sí mismos, ávidos, arrogantes, soberbios, ultrajantes, rebeldes á sus padres, ingratos, manchados de crímenes, duros, implacables, detractores, disolutos, feroces; enemigos de los buenos, traidores, insolentes, hinchados de orgullo, amando los deleites, teniendo siempre una apariencia de piedad, sin poseer la virtud. (II. Tim. III. 2-5).

Escuchad á S. Agustín: La ciudad de Dios, dice, empieza y se construye con el amor de Dios, y se eleva hasta el rencor de sí mismo, hasta el rencor de su propia voluntad; pero la ciudad del demonio comienza por el amor de uno mismo, el amor de la propia voluntad, y llega hasta al odio de Dios por el desprecio del prójimo (1).

¡Desgraciados de vosotros que sois sabios á vuestros propios ojos! exclama Isaías; ¡desgraciados de los que creen en su prudencia! *Via qui sapientes estis in oculis vestris, et coram vobismetipsis prudentes!* (v. 21). Y ¿quién se cree más sabio y prudente que el que adora su propia voluntad?

Ninguna criatura, dice S. Bernardo, puede separarse del amor de Dios, pero sí puede hacerlo la voluntad propia: *Nulla creatura á Dei caritate separare potest, sed sola propria voluntas idipsum potest.* Cese la voluntad propia, y no habrá infierno, añade aquel gran Doctor: *Cesset voluntas propria, et infernus non erit.* (Serm. III de Resurreccione).

Preguntado el abate Aquiles de qué manera podian vencernos los demonios, respondió: Con nuestras voluntades: *Per voluntates nostras.* Y añadió: Nuestras almas son la madera, el demonio es la segur, y nuestra voluntad es la mano que corta, hiende, arranca y derriba. Así somos cortados y destruidos por la voluntad propia. (In Vit. Patr.) A nadie podemos acusar de nuestra miseria, de nuestras calamidades, de nuestras desgracias, dice S. Ambrosio; sólo hemos de achacarlo á nuestra propia voluntad: *Non est quod cuiquam nostram ascribamus ærumnam, nisi voluntati.* (Lib. II. Offic., c. IV).

Desgracia de los que siguen su propia voluntad.

La voluntad propia es el más mortal enemigo del hombre.

(1) Civitas Dei incipit et constructur ex amore Dei, et crescit ad odium sui ipsius: civitas vero diaboli incipit ab amore sui, et crescit usque ad odium Dei per contemptum proximorum.



No creais haber vivido, dice Eugenio, nada más que el tiempo en que habeis renunciado á vuestra propia voluntad: *Illud diem tantum vixisse te computa, in quo voluntates proprias abnegasti.* (Homil. IX ad Monac.)

La propia voluntad corrompe las mejores obras; hace perder su hermosura, su precio y su mérito... Es un gran mal vuestra voluntad propia, dice S. Bernardo; convierte en mal el bien que habeis: *Grande malum propria voluntas, qua fit ut bona tua tibi bona non sint.* (Serm. LXXI in Cant.)

No os pongais á seguir vuestros deseos, y apartaos de vuestra voluntad, dice el Eclesiástico: *Post concupiscentias tuas non eas, et á voluntate tua avertere.* (XVIII. 30).

Que Dios os dé lo que quereis, dice Platon, ó más bien que no os lo dé jamás; pero haga que querais lo que el mismo quiere, porque esta es la religion pura de uniros así á Dios: *Deus dei tibi quaeris; imo nunquam det; sed faciat ut velis quod ipse vult. Hæc enim est pura religio, si sic te religes Deo.* (Lib. de Legib.)

Jesucristo nos dice á todos: Si alguno quiere venir conmigo, que renuncie á sí mismo, que lleve su cruz cada dia, y que me siga: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me.* (Luc. IX. 23).

Escuchad á Sta. Egida: Si quereis ver bien, arrancad vuestros ojos, y sed ciegos; si quereis oír bien, sed sordos; si quereis hablar bien, sed mudos; si quereis andar bien, cortad vuestros piés; si quereis trabajar bien, cortad vuestras manos; si quereis amaros bien, odiaos; si quereis vivir bien, mortificaos; si quereis enriqueceros, sabed perder; si quereis ser verdaderos sabios, sed pobres; si quereis estar en los deleites, alligios; si quereis estar en una perfecta seguridad, estad siempre en el temor; si quereis ser elevados, humillaos; si quereis ser honrados, despreciaos y honrad á aquellos que os desprecian; si quereis tener la dicha, aguantad las cruces; si quereis el reposo, trabajad; si quereis ser bendecidos, desead ser maldecidos. ¡Oh! ¡qué grande y admirable sabiduría es el saber vivir así! Y porque estas son cosas grandes, no son dadas á todos. (In Vit. Patr.)

## ZELO.

**Z**OCAN la trompeta en Sion, dice el profeta Joel, ordenad un ayuno público, convocad á la asamblea, reunid al pueblo, purificadle, reunid á los ancianos, los niños, hasta los de lactancia; que el esposo salga de su lecho, y la esposa de su tálamo nupcial. Que los sacerdotes y los ministros del Señor lloren en el vestibulo y el altar, y exclamen: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no permitais que vuestra herencia sea entregada al oprobio y á los insultos de las naciones. (II. 15-17).

Levántate, dijo el Señor á Jonás, y vete á Nínive, la gran ciudad; eleva allí tu voz, porque su malicia ha llegado á mí: *Surge et vade in Ninivem, civitatem grandem, et prædica in ea, quia ascendit malitia ejus coram me.* (I. 2).

Apresúrate, corre, insta á tu amigo, dicen los Proverbios; niega el sueño á tus ojos: *Discurre, festina, suscita amicum tuum; ne dederis somnum oculis tuis.* (VI. 3-4). Arranca á los cautivos de la muerte, y á los débiles del suplicio; desgraciado de tí, si no lo haces: *Erue eos, qui ducuntur ad mortem; et qui trahuntur ad interitum, liberare ne cesses.* (Prov. XXIV. 11).

Abro delante de vosotros una gran puerta, dice el Señor en el Apocalipsis: *Ecece dedi coram te ostium apertum.* (III. 8). Abro delante de vosotros la puerta del zelo y del trabajo...

Si evangelizo, dice el gran Apóstol, la gloria no me pertenece, es para mí una necesidad, y desgraciado de mí si no evangelizase! *Si evangelizaverò, non est mihi gloria, necessitas enim mihi incumbit: van enim mihi est, si non evangelizaverò!* (I. Cor. IX. 16).

Os encargo encarecidamente, dice el Apóstol, que trabeis la buena lucha: *Hoc præceptum commendo tibi, ut milites bonam militiam.* (I. Tim. I. 18).

Trabad el buen combate de la fe; entrad en posesion de la vida eterna, á la que habeis sido llamados: *Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam eternam, in qua vocatus es.* (Ibid. I. VI. 12).

Trabad como un buen soldado de Jesucristo, dice el Apóstol á Timoteo: *Labora sicut bonus miles Christi Jesu.* (II. II. 3). El que combate en la arena no es coronado si no combate como bueno: *Nam et qui certat in agone, non coronatur, nisi legitime certaverit.* (II. Tim. II. 5). Anunciad la palabra, insistid á tiempo y á contratiempo; reprended, suplicad, dirigid reprimendas en toda longanimidad y doctrina: *Predica verbum, insta opportune, importune, argue, observa, increpa in omni patientia et doctrina.* (Ibid. II. IV. 2). En cuanto á vosotros, velad, y no os negueis á ningun trabajo; haced la obra de un evangelista, llenad vuestro ministerio: *Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangeliste, ministerium tuum imple.* (Ibid. II. IV. 5).

Necesidad del zelo.



Motivos de zelo. Mi alimento, dice Jesucristo, consiste en hacer la voluntad del que me ha enviado, y de cumplir su obra: *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus.* (Joann. IV. 34).

Aprendan los cristianos, y sobre todo los pastores de las almas, que su alimento espiritual debe ser el zelo y la obediencia...

Me he indignado contra el insensato, viendo la paz de los impíos, dice el Salmista: *Zelavi super iniquos pacem peccatorum videns.* (LXXII. 3). El desfallecimiento se ha apoderado de mí al ver los pecadores que abandonan vuestra ley, Señor: *Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam.* (Psal. CXVIII. 53). Mis ojos derraman torrentes de lágrimas, porque se viola vuestra ley; *Exitus aquarum deduxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam.* (Psal. CXVIII. 136).

El ardor de mi zelo se consume, Señor, porque mis perseguidores han despreciado vuestras palabras: *Tabescere me fecit zelus meus, quia oblitus sunt verba tua inimici mei.* (Psal. CXVIII. 139). He visto los prevaricadores, y me he secado en las angustias, porque no han observado vuestros mandamientos: *Vidi prevaricantes, et tabescbam; quia eloquia tua non custodierunt.* (Psal. CXVIII. 158). ¡He aquí el zelo y sus ardores!...

¿Qué haces, Elías? dice el Señor. El profeta responde: Ardo de zelo por vos, Señor Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado vuestra alianza, han destruido vuestros altares: *Quid hic agis, Elías? Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, quia dereliquerunt pactum tuum filii Israel.* (III. Reg. XIX. 8-10).

¿Quién dará agua á mi cabeza, dice Jeremías, y á mis ojos un manantial de lágrimas? y lloraré noche y día para aquellos de mi pueblo que han encontrado la muerte. *Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum? et plorabo die ac nocte interfectos populi mei.* (IX. 1).

Véase el zelo de Jesucristo en la ciudad de Jerusalem. (Luc. XIX).

¿En qué consiste el zelo?

Escuchad á Tertuliano: El gran Apóstol, dice, inflama de zelo por el combate á los soldados cristianos, haciendo resonar estas palabras: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal. (Rom. VII).

Y otro llamamiento hace tambien el zelo cuando manda que mortifiquemos con el espíritu las obras de la carne; manifiesta la guerra que tenemos que sostener, y excita nuestro zelo para que combatamos heroicamente, y derribemos á nuestros enemigos, á fin de que ellos no nos derriben. (Ad Mart.)

Somos el buen olor de Jesucristo, dice aquel apóstol: *Christi bonus odor sumus.* (II. Cor. II. 15).

¿Qué importa, dice á los filipenses, mientras que, de cualquier manera que sea, por pretexto ó en realidad, sea anunciado Cristo? En esto es en lo que me alegro y me alegraré: *Quid enim omni modo, sive per occasionem, sive per veritatem, Christus annuntietur et in hoc gaudeo, sed et gaudeo.* (I. 18). Para mí, Jesucristo es la vida, y la muerte una ganancia: *Mihi vivere Christus, et mori lucrum.* (Philipp. I. 21).

Señor, dice el Real Profeta, he amado la hermosura de vuestra casa y la mansion donde habita vuestra gloria: *Domine, dilexi decorem domus tue, et locum habitacionis gloria tue.* (XXV. 8).

Se ha encendido en mi interior como un fuego ardiente encerrado en mis huesos, dice Jeremías; y ha desfallecido, no pudiendo sufrirlo; porque he oído los ultrajes de la muchedumbre, y he visto el terror por todas partes: *Pactus est in corde meo quasi ignis exstivans, claususque in ossibus meis; et defecti, ferre non sustinens; audivi enim contumelias multorum, et terrorem in circuitu.* (XX. 9-10).

Darás al que tiene, dice Jesucristo; y al que no tiene se le quitará hasta lo que posee: *Qui habet, dabitur illi; et qui non habet, etiam quod habet, auferetur ab eo.* (Marc. VI. 25). Si comunicas con zelo mi doctrina á los demás, si predicais con la palabra, y sobre todo con el ejemplo, yo os daré abundantemente, y mucho más que á los otros, mi inteligencia, mi sabiduría y mi gloria en premio de vuestro zelo...

Oigamos á S. Pablo: Ciertamente os digo que el que siembra poco cosechará tambien poco, y el que siembra con abundancia tambien con igual abundancia cosechará: *Hoc autem dico: qui parce seminat, parce et metet; et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet.* (II. Cor. IX. 6).

Jesucristo se revela á los que, como buenos pastores, custodian con zelo á sus rebaños... ¿Por qué, pregunta S. Gregorio, por qué, en el acto del nacimiento de Jesucristo, aparece el ángel en primer lugar á los pastores, y les inonda la luz de Dios, sino porque los que velan con zelo y solicitud en la custodia de los fieles, merecen, con preferencia á todos los demás, ver las cosas celestiales?

Va veis como los pastores se apresuran con zelo, dice S. Ambrosio; nadie debe buscar á Jesucristo con negligencia y tibieza: *Viles festinare pastores; nemo enim cum desidio Christum requirit.* (In Luc., lib. II, n. 53).

Los pastores se apresuran, dice el venerable Beda, porque no es con pereza como debemos ponernos en presencia de Jesucristo; si entre los que buscan á Jesucristo no todos le encuentran, es porque no le buscan con zelo ardiente (1).

Por causa de Jesucristo, he juzgado pérdida lo que era para mí ganancia, dice el gran apóstol. Y aún más, juzgo que todo es pérdida al lado de la eminente ciencia de Nuestro Señor Jesucristo, por quien me he despojado de todas las cosas y las considero fiero para ganar á Cristo (2). Así es que el zelo hace que nos desprendamos de todo, uniéndonos sólo á Dios...

He trabado la buena lucha, dice el gran Apóstol, he terminado mi carrera, y he guardado mi fe. Por lo demás, espero la corona de justicia que el Señor, justo Juez, me dará en este día; y no sólo á mí, sino tambien á los amantes de su advenimiento. (II. Tim. IV. 7-8). La recompensa del zelo es, pues, la eterna corona de gloria...

(1) Festinant pastores, neque enim cum desidia Christi est quæronda presentia; et ideo forte nonnulli quærentes invenire non merentur, quia desidiosè Christum quærunt. (Philipp. III).

(2) Que mihi fuerunt luera, hæc arbitratus sum, propter Christum, detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei; propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificem. (Philipp. III. 7-8).



El que aparta al pecador de su extraviado camino, dice el apóstol Santiago, salvará su alma de la muerte y cubrirá la multitud de sus pecados: *Qui convertit fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus à morte, et operiet multitudinem peccatorum.* (v. 20).

El zelo llena el corazón de amor; ó más bien el zelo es el mismo amor de Dios...

Señor, dice el Salmista, el zelo de vuestra casa me devora: *Zelus domus tuæ comedit me.* (LXVIII. 40).

Buscad á Dios con zelo, y vuestra alma vivirá: *Querite Deum, et vivet anima vestra.* (LXVIII. 33).

He buscado al amante de mi alma, dice la Esposa de los Cantares; le he buscado, pero no le he hallado. Me levantaré, y recorreré la ciudad; buscaré al amante de mi corazón, le he buscado, y no le he encontrado. ¿Habeis visto al que amo? Por fin he encontrado al que mi corazón ama; me he apoderado de él, y no permitiré que se aleje. (III. 1-4).

Cada día, hermanos míos, muero por vuestra gloria, dice S. Pablo á los corintios: *Quotidie morior per vestram gloriam, fratres, quam habeo in Christo Jesu Domino nostro.* (I. XV. 31). Tal es la excelencia del zelo...

La sabiduría, dice la Escritura, se anticipa á los que la desean, siendo la primera en manifestarse. El que por ella vele desde la mañana, la encontrará sentada en el umbral de su puerta. (*Sap. VI. 14-15*). Así, con ardiente zelo, fué Magdalena, antes de la aurora, al sepulcro para buscar á Jesucristo: por esto mereció ser la primera en verle resucitado...

Sobre todo, el sacerdote que se aplica en conservar la incorruptibilidad de la Iglesia, dice S. Ambrosio, debe estar lleno de zelo. El zelo de Dios es vida. Lleno de zelo estuvo Elias, y por esto fué arrebatado al Cielo. El zelo es la caridad. El zelo verdadero y puro no cede nunca á tentación alguna. Por él morimos para el pecado, viviendo de Dios. Jerusalem queda vengada por el zelo, la Iglesia se une por el zelo, y por el zelo se adquiere la fe y se posee la pureza. (*In Psal. CXVIII*).

Dice la Escritura que David, en su zelo, dió pompa á los días festivos, y se dedicó á embellecer los días sagrados hasta la consumación de su vida, á fin de que Israel alabase el santo nombre del Señor. El Señor le purificó de sus pecados, y exaltó su poder para siempre. (*Eccli. XLVII. 12-13*).

El profeta Elias se levantó como un fuego, y sus palabras brillaban como una antorcha: *Et surrexit Elias propheta quasi ignis, et verbum illius quasi facula ardebat.* (*Eccli. XLVIII. 1*).

Te colocaré en medio de este pueblo como una muralla de bronce, dice el Señor á Jeremías, como una muralla inexpugnable; se levantarán contra ti, y no prevalecerán, porque estoy contigo para salvarte y libertarte (1).

Oigamos á S. Bernardo, dirigiéndose al papa Eugenio: Haced lo que de vos dependa, dice; porque Dios, en lo que le concierne, no necesita de nuestra solicitud. (*Lib. de Consid.*)

(1) Dabo te populo huic in murum æneum fortem; et bellabunt adversum te et non prevalebunt; quia ego sum ut salvem te et eriam te, dicit Dominus. (XV. 20).

Por virtud de los signos y de los prodigios, per el poder del Espíritu Santo, <sup>Maravillas del zelo.</sup> todo lo he llenado con el Evangelio, dice el gran Apóstol á los romanos: *In virtute signorum et prodigiorum, in virtute Spiritus Sancti, repleverim Evangelium Christi.* (XV. 19). Hé aquí el maravilloso é inmenso zelo del Apóstol: recorre, evangeliza y convierte en pocos años una parte del mundo entónces conocido.

Sé, añade á los romanos, que viniendo á vosotros vendré en la abundancia de la bendición del Evangelio de Cristo: *Scio quoniam veniens ad vos in abundantia benedictionis Evangelii Christi veniam.* (XV. 29).

En su zelo, Pablo engendra por medio del Evangelio una multitud de cristianos en Jesucristo: *In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.* (I. Cor. IV. 14).

A cada hora estamos en peligro por vosotros, escribe á los corintios: *Nos periclitamur omni hora.* (I. XV. 30).

Ved lo que sufre el Apóstol de las gentes por su zelo, y las dificultades que su zelo le permite superar. He estado en los mayores trabajos, dice, en las cárceles, cubierto de llagas, y frecuentemente expuesto á la muerte. Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta latigazos. Tres veces he sido azotado, y me han apedreado una vez. He sufrido tres naufragios, y he pasado un día y una noche en los abismos. Muchas veces he estado de viaje, con peligros en los ríos, peligros por parte de los ladrones, peligros por parte de los míos, peligros por parte de los gentiles, peligros por parte de los falsos hermanos; en medio del trabajo y los cuidados, con reiteradas vigiliias, con hambre y sed, con frecuentes ayunos, con frío y en la desnudez; y además de todas estas cosas exteriores, he tenido los cuidados de cada día, las atenciones de todas las iglesias. ¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? (*II. Cor. XI. 23-29*).

Todo lo daré con alegría y aun me entregaré á mí mismo por vuestras almas, dice aquel incomparable apóstol: *Ego libentissime impendam, et super impendam ipse pro animabus vestris.* (II. Cor. 12-15).

Aunque cargado de cadenas, ejerzo el ministerio del Evangelio, dice: *Pro quo legatione fungor in catena.* (Ephes. VI. 20).

Por amor á vosotros, escribe á los tesalonienses, deseábamos ardientemente daros no sólo el Evangelio de Dios, sino tambien vuestra vida: *Cupide volebamus tradere vobis, non solum Evangelium Dei, sed etiam animas nostras.* (I. II. 8).

Informándose en su lecho de muerte S. Gregorio el Taumaturgo, obispo de Neocesárea, de cuántos infieles quedaban en la ciudad, le respondieron que aún habia diez y siete. Bendito sea Dios, exclamó, no habia más que diez y siete fieles cuando empecé mi episcopado. (*In ejus vita*).

El zelo de Matalías fué admirable: solo, resistió á Antíoco, rey poderoso y cruel; sacrificó fortuna, familia, hijos y vida por Dios, por la fe y la patria. Fué un héroe de zelo, é hizo de sus hijos cinco héroes que combatieron contra los tiranos y destruyeron ejércitos enteros y formidables de perseguidores y enemigos de Dios. Ahora, pues, hijos míos, les decia, estad llenos de zelo por la ley, dad vuestra vida por la alianza de vuestros padres; acordaos de las



obras de vuestros padres en medio de sus contemporáneos, y dejareis gran gloria y un nombre eterno. Vosotros pues, hijos míos, sed fuertes, y obrad valientemente por la ley; porque por ella estareis en la gloria (1).

Judas, hijo de Matatías, por sobrenombre Macabeo, ocupó su puesto; y sus hermanos le ayudaban, así como todos los que antes se habían unido á su difunto padre; y combatían con alegría por la defensa de Israel. Y persiguió á los impíos, buscándolos por todas partes; y entregó á las llamas á los que pervertían á su pueblo. Y el terror de su nombre ahuyentó á sus enemigos, y todos los artesanos de iniquidad se turbaron, y la salvación del pueblo fué obra de su brazo. Y recogió á Job con sus obras, y su memoria será para siempre bendita. Recorrió las ciudades de Judá, y arrojó de ellas á los impíos y apartó la ira divina lejos de Israel. (1. Machab. III. 1-8).

Bien se vé en Moisés, Josué, Elías, Eliseo, Isaias, Juan Bautista, los otros profetas y los apóstoles. Bien se ve en S. Bernardo que, llamado por Dios á la órden de los Cistercienses, fué como un fuego que incendia á una selva y un volcan que devora á una montaña. Primero convirtió á sus allegados, y luego á los demás. Lo transmitió á sus parientes, y luego al corazon de una multitud de extraños, el fuego que por la vida religiosa le devoraba; de tal suerte que las madres ocultaban á sus hijos, las esposas detenían á sus maridos, y los amigos á sus amigos, para impedirles que tomasen el hábito religioso. El Espíritu Santo daba á su voz y á su zelo un poder tan grande, que á todos arrastraba. (In ejus vita).

Bien se ve igualmente en santo Domingo que, cual otro ángel, llamaba á todos los hombres al Cielo con sus palabras, su vida y sus ejemplos; y, abrazado con el sagrado fuego del amor divino, se esforzaba en infundirlo en todos los corazones. Preguntándosele de qué libro sacaba tan ardientes discursos, respondió: Del libro de la caridad; no me fijo más que en este libro, del cual saco palabras, no hinchadas, sino inflamadas. (In ejus vita).

San Buenaventura dice de Francisco de Asís: Todas las edades y todos los sexos se precipitaban para rodear y oír á aquel hombre nuevo dado por el Cielo; su palabra era como un fuego ardiente que penetraba hasta el fondo de los corazones y llenaba todas las almas de admiración. Así es que todos aquellos á quienes reprendía, ya particularmente, ya en público, le escuchaban y recibían sus reprimendas con tanta veneración, que, interiormente conmovidos, reformaban su vida, ó bien, llenos de temor y espanto, no se atrevían á murmurar contra aquel santo varón que enérgicamente les reprendía. De suerte que se le hubieran podido aplicar aquellas palabras del Rey Profeta: Las aguas os han visto, Señor, las aguas os han visto; se han hallado en el espanto, y se ha turbado el abismo. Las nubes han derramado torrentes de agua, los cielos han hecho oír espantosos ruidos: vuestras flechas han surcado los aires: la voz de nuestro trono ha relumbado. Vuestros relámpagos han lucido en la tierra; la tierra se ha conmovido y ha temblado. (Psal. LXXVI. 16-18).

(1) Nunc ergo, o filii, emulatores estote legis, et date animas vestras pro testamento patrum vestrorum. Et memento operum patrum, que fecerunt in generationibus suis; et accipietis gloriam magnam, et nomen eternum. Vos ergo, filii, confortamini, et viriliter agite in lege, quia in ipsa gloriosi eritis. (1. Machab. II. 50-51-64).

San Antonio de Padua tiene el mismo género de predicación que S. Francisco. Le pintan con llamas de fuego, porque, cual otro Elías, abrazado por el Espíritu Santo, llenaba de amor de Dios las almas de sus oyentes; y con sus discursos, que sólo respiraban caridad, hacía derretir el hielo de los corazones, ahuyentaba los vicios, y arraigaba en su lugar las virtudes. (In ejus vita).

San Francisco Javier, con su admirable zelo, convirtió á los judíos. (In ejus vita).

San Francisco de Borja conmueve á la Europa entera y obra innumerables conversiones. (In ejus vita).

El predicador debe iluminar como un querubín y abrasar como un serafín... ¿De qué modo convierten los doce apóstoles al mundo pagano? Con su zelo sublime... ¿Quién hizo á tantos de mártires? El zelo... ¿Quién ha poblado los desiertos? El zelo... ¿Quién hace á los confesores? El zelo... ¿Quién engendra á las vírgenes? El zelo... ¿Quién hizo á todos los Santos y ha poblado el Paraíso? El zelo... ¿Quién cierra el infierno y abre el Cielo? El zelo... ¿Quién convierte á los pecadores? El hombre zeloso...

Inflame la caridad vuestro zelo, dice S. Bernardo; fórmelo la ciencia, afirmelo la constancia; sea ardiente, prudente y circunspecto; sea invencible: *Zelum tuum inflamet caritas, informet scientia, firmet constantia; sit fervidus, sit circumspectus, sit invictus.* (Lib. de Consil.)

Calidades que debe tener el zelo.

Ved qué ministerio habeis recibido del Señor para que con él cumplais, dice el gran Apóstol: *Videte ministerium quod accepisti in Domino, ut illud impleas.* (Coloss. IV. 17).

Corred de tal manera que ganeis el premio, dice á los corintios: *Sic currite, ut comprehendatis.* (1. IX. 24).

El cuerno brota de la carne, dice S. Agustín. Es necesario que, superando á la carne, sea fuerte para resistir, y propio para producir sonidos. Supere, pues, á la carne y domine las afecciones carnales el que quiera ser una trompa sonora: *Cornu excedit carnem. Necessè est ut carnem superando sit firmum ad perdurandum, et capax vocis. Qui nulli esse tuba cornea, superet carnem, transcendat carnales affectus.* (Tract. X. in Joann.)

Id, fortificaos y considerad bien lo que teneis que hacer, dice un profeta al rey de Israel: *Vade, et confortare, et scito, et vide quid facias.* (III. Reg. XX. 22).

El zelo, dice Sto. Tomás, procede de la intensidad del amor: *Zelus ex intentione amoris provenit.* (1. 2. q. 28. art. 4). El amor debe producirle...

El zelo sin ciencia, dice S. Bernardo, es siempre menos eficaz, menos útil, y es muchas veces pernicioso. Así pues, cuánto más ardiente es el zelo, y cuanta más es la caridad, tanto más necesario es tener una ciencia vigilante que reprima los enojosos excesos del zelo, calme la actividad del espíritu y ordene la caridad (1).

(1) Semper zelus absque scientia, minus efficit, minusque utilis invenitur: plerumque autem et perniciosus valde sentitur. Quo igitur zelus fervidior, ac vehementior spiritus, profusiorque caritas, eo vigilantiori opus scientia est, que zelum suppressit, spiritum temperet, ordinet caritatem. (Lib. de Consil.)



Tomad vuestras armas, dice la Escritura, y sed guerreros valientes, y preparaos temprano á combatir: *Acingimini, et estote filii potentes, et estote parati in mane, ut pugnetis.* (I. Machab. III, 58).

En aquel día, dice la Escritura, los sacerdotes perecieron en el combate, queriendo señalar su valor, y mezclándose sin orden en la batalla: *In die illa ceciderunt sacerdotes in bello, dum volunt fortiter facere, dum sine consilio exeunt in prelium.* (I. Machab. v. 65). Hé ahí el falso zelo...

FIN DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO.

## ÍNDICE.

	PÁG.
<b>Palabra de Dios.</b> . . . . .	5
Veracidad y autoridad de la palabra de Dios, 5.—Excelencia de la palabra de Dios, 7.—Poder y eficacia de la palabra de Dios, 8.—Felices efectos que produce la palabra de Dios, é inestimables ventajas que de ella derivan, 10.—La palabra de Dios es comparada á una semilla, 17.—Necesidad que tienen los pastores de anunciar la verdadera palabra de Dios, 18.—¿Quién es el que anuncia convenientemente la palabra de Dios? 20.—La cruz es un predicador excelente, 24.—Necesidad de escuchar la palabra de Dios y de practicarla, 24.—Facilidad de practicar la palabra de Dios, 25.—La palabra de Dios llega á oídos de todos, 25.—Los que no escuchan la palabra de Dios y dejan de practicarla son ciegos, culpables y desgraciados, 26.—Motivos por que no escuchamos la palabra de Dios y no nos aprovechamos de ella, 27.—Castigos reservados á los que no oyen la palabra de Dios y dejan de ponerla en práctica, 28.—Disposiciones necesarias y medios en que deben emplearse para aprovecharse de la palabra de Dios, 28.	
<b>Paraiso terrenal.</b> . . . . .	30
<b>Pasion de Jesucristo.</b> . . . . .	31
Todo lo debemos á Jesucristo, 31.—Abismos de amor y de dolores: abismos de ingratitud y de crueldades, 32.—La cena, 32.—Judas vende á su divino Maestro, 33.—Jesucristo en el huerto de los Olivos, 34.—Los sufrimientos de Jesucristo hasta que salió del huerto de Getsemani habían sido predichos por los profetas, 39.—Sufrimientos de Jesucristo en Jerusalem. 1.º En casa de Anás, suogro de Caifás, 39.—Pedro niega á Jesucristo, 42.—Jesucristo en casa de Pilatos, 43.—Jesucristo en casa de Herodes, 46.—Jesucristo vuelve ante Pilatos, 46.—Judas devuelve los treinta dineros, y lleno de desesperación va á ahorcarse, 48.—Castigos de los judíos decididos, 50.—Flagelación, 51.—Ecce Homo, 52.—Jesucristo entre las manos de los soldados, 52.—Jesucristo cargado con su cruz, 53.—Calvario, 54.—Crucifixion, 55.—Dulzura y paciencia de Jesucristo, 55.—Jesucristo ha sido declarado rey en la cruz, 56.—Blastemias contra Jesucristo, 56.—Buen ladrón, 57.—María al pié de la cruz, 57.—Sito, 58.—Las siete palabras de Jesucristo en la cruz, 59.—Por qué ha sufrido Jesucristo tal muerte, 60.—La pasión de Jesucristo es nuestra salvacion, 61.—La pasión es obra nuestra, 62.—Jesucristo ha triunfado con su pasión y su muerte, 65.—Sepultura de Jesucristo, 72.	
<b>Pasiones (Véase Concupiscencia).</b> . . . . .	73
Desórdenes y estragos de las pasiones, 73.—Las pasiones degradan al hombre y le cubren de confusion, 74.—Cuán culpables y desgraciados nos hacen las pasiones, 74.—Dios detesta y castiga las pasiones, 75.	
<b>Paz.</b> . . . . .	76